

Ricardo Vicente López

La filosofía
como condición del
pensar crítico

La crisis cultural de Occidente está reclamando un pensar crítico y profundo

Cuadernos de reflexión:

La filosofía y la política

Corrección: Lic. Correctora Cristina Esteban

Presentación del tema

Los modos de pensar —es decir, la estructura que modela los análisis y las reflexiones— se pueden expresar con una palabra más técnica: “los paradigmas”. Condicionan el pensamiento y han variado a través de los tiempos, mostrando ciertas predilecciones o inclinaciones, según los momentos histórico-políticos y los cuadros culturales dominantes. Una frase muy conocida y repetida de Karl Marx¹ (1818-1883): «Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época; o, dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder material dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante», puede darnos una primera orientación como marco general del análisis. Esto exige, como es comprensible, que no se lo considere una afirmación dogmática, sino un modo de aproximación al estudio de la propuesta de estas páginas.

Se puede partir de la estructuración, un tanto esquemática pero útil para este propósito, que describe el siguiente recorrido: a- para una etapa originaria de los hombres predominó un pensamiento de tipo teológico-mágico, entendido como un modo de colocar los hechos bajo el dominio de poderes extraterrenales que explicaban todo; b- para los antecedentes de la historia de las ideas de Occidente, se parte del gran aporte del pensamiento de los griegos clásicos (VI al II a. C.), aunque de este modo se dejan de lado los de la vertiente hebrea².

Se constituye, a partir de los grandes filósofos, un pensamiento sistemático que se funda en la Razón (logos) como sostén metodológico-argumentativo. El periodo comprendido entre los siglos IV y XVI de nuestra era, en el ámbito de lo conocido luego como Europa, la teología sistemática y la filosofía se repartirán los estudios y escritos de los investigadores. Desde el siglo XVIII en adelante, adquiere una primacía casi excluyente el modo científico de investigar y de presentar los resultados, y una filosofía que asume un papel marginal.

La etapa que comienza en la segunda mitad del siglo XX, con mayor énfasis en la última década hasta nuestros días, un pragmatismo simplón, prepotente, pretende e intenta desvalorizar todo pensamiento e investigación que no desemboque en un aporte a la producción de bienes comercializables. Esto se presenta, dentro del sistema educativo, con una actitud de sobrevaloración de las tecnologías (“el saber hacer”), con menosprecio por las filosofías y las humanidades, al condenarlas a sobrevivir por la consideración recibida como temas de tercera o cuarta categoría. Por ello, se pretende imponer una reducción de su presencia en los programas de estudio o su simple eliminación.

En las páginas siguientes presentaré argumentos en defensa del pensamiento humanista, apoyado por personalidades académicas de prestigio internacional que postulan una defensa de la enseñanza de estas disciplinas al mostrar los riesgos corridos en caso de avanzar estas arremetidas ideológicas. El ataque contra el cultivo de las humanidades empuja hacia el imperio de una nueva forma de la barbarie: la formación de un perfil humano dedicado a la producción de mercancías para el mercado: *sin preguntas, sin cuestionamientos, sin conflictos*, para el *normal desenvolvimiento del proyecto globalizador*.

¹ Filósofo, intelectual y militante comunista alemán. En su vasta e influyente obra, incursionó en los campos de la filosofía, la historia, la ciencia política, la sociología y la economía.

² Se puede consultar mi trabajo *Reflexiones sobre el mal y la utopía*, publicado en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2

La tesis por mí expuesta planteará la necesidad de proponer, desarrollar una actitud crítica ante estos planes imperiales, cuyo requisito una sólida formación filosófica y una fundamentación racional, sistemática, profunda, que coloque los valores humanos por encima de los valores del mercado.

La nueva Miseria de la Filosofía

Con este título —que comporta una rememoración, una especie de homenaje a un libro de Carlos Marx, *Miseria de la filosofía*, de 1847—, publica sus reflexiones un joven español de 26 años, licenciado en Física por la Universidad de Granada, Máster en Técnicas y Métodos Avanzados en Física (MTAF), ahora como becario FPU³ en el Departamento de Física Teórica y del Cosmos. Se trata de un científico en el inicio de su carrera de investigador, Mikael Rodríguez Chala, quien se lanza a la polémica a raíz de las limitaciones que detecta en la enseñanza. A diferencia de muchos de sus colegas, sale en defensa de la formación filosófica como requerimiento básico para una maduración intelectual y moral. Las universidades de hoy, como resultado de las corrientes dominantes que sobreestiman la especialización, recortan el universo de ideas en su tendencia a “saber cada vez más sobre menos”, como Ortega y Gasset sostuvo a comienzos del siglo pasado, en su famoso libro *La rebelión de las masas* (1929).

A partir de la sentencia de René Descartes: «Vivir sin filosofar es, propiamente, tener los ojos cerrados, sin tratar de abrirlos jamás», advierte sobre los peligros de la formación universitaria desacoplada de la lectura de la buena filosofía:

Esquiva y clandestina, son los nuevos atributos de la filosofía. Quienes otrora, como reza la leyenda, fueran baluartes de las artes y las ciencias, podrían sentirse al día de hoy con el rostro entre las manos. La LOMCE [La Ley Orgánica para la Mejora de la Calidad Educativa] y sus secuaces se proponen alcanzar un modelo social de distopía y pensamiento único. Donde el debate no tenga lugar. Donde los conflictos se resuelvan con directrices maniqueas controladas desde arriba. Las batallas a lo Marx-Proudhon, aireadas córam pópulo [delante del pueblo] desde tiempos presocráticos, se escapan de las aulas donde antaño eran tenidas como fuente del desarrollo personal y del júbilo intelectual. La filosofía se está muriendo, porque la están matando.

Lo que se afirma para España no está alejado de lo que algunos planteos de cierto progresismo pragmático proponen para nuestra América. El peso del Banco Mundial, en sus proyectos de apoyo a la educación, apunta a los mismos resultados.

Sus señorías olvidan, o saben de buena tinta, el valor incalculable de la enseñanza filosófica. El juego philosophicus, circunscrito por el saber histórico y los altercados del debate, todas figuras inherentes e inseparables de las clases de filosofía, componen mucho más que el pueril y anodino cuerpo de una materia exigua y prescindible. El debate, la reflexión, la dialéctica, el recreo intelectual, el desarrollo social y personal en definitiva, son consecuencias ineludibles de este escenario de diversidad que construyen, o construyeron, las clases de filosofía. Los jóvenes estudiantes, ciudadanos críticos en formación, habrían de conocer el papel indescriptible que el pensamiento filosófico ha jugado en la historia del cambio social, desde los modelos de hombre y sociedad de los tiempos de Sócrates o Platón, hasta las visiones modernas de autores de renombre como Foucault, Agamben, Althusser o Marta Harnecker.

³ Una unidad de coma flotante (FPU, coloquialmente coprocesador matemático) es una parte de un equipo sistema especialmente diseñado: Microprocesador especialmente diseñado para cálculos de fracciones. No es sencillo entender esto, pero sirva para orientar al lector de qué se está hablando.

El desprecio por el saber filosófico encubre un intento de domesticación de las mentes jóvenes. La fascinación tecnológica empuja a un modo de pensar al que le preocupa prioritariamente el “saber-como” (*know-how*), del cual *Wikipedia* informa: «Es una expresión anglosajona utilizada en los últimos tiempos en el comercio internacional para denominar los conocimientos preexistentes no siempre académicos, que incluyen: técnicas, información secreta, teorías e incluso datos privados (como clientes o proveedores)». Pero no debe ocultarse que, cuando esta expresión ingresa al sistema educativo, está privilegiando un «saber cómo hacer algo fácil y eficientemente: experiencia», lo cual deja de lado preguntas como ¿Es necesario hacerlo?; ¿Para qué?; ¿Es eso lo que hay que hacer o se podrían intentar otros productos? ¿Es necesario que se haga de ese modo o podrían investigarse otros caminos? ¿A quiénes beneficia hacerlo? ¿A quiénes perjudica?, etc.

La fascinación técnica, observable en las carreras de ingeniería, nubla la vista ante tantas dificultades implícitas en el *know-how* (el saber-cómo) que, en gran parte, es propiedad de empresas multinacionales. Pero como consecuencia nefasta, acarrea además una limitación intelectual que acompaña a la enseñanza especializada, que impide hacerse las preguntas mencionadas. La porfía en el logro de una investigación exitosa no deja ver cuáles serán las consecuencias cuando ese objeto se aplique a su objetivo.

Tal vez un caso paradigmático sea el de Robert Oppenheimer (1904-1967), físico estadounidense, director científico del proyecto *Manhattan*, el mayor esfuerzo investigativo, intenso y apremiante, durante la Segunda Guerra Mundial para ser de los diseñadores de la primera arma nuclear en el Laboratorio Nacional de Los Álamos, en Nuevo México, Estados Unidos. Su dedicación y esfuerzo se vio coronado con ese logro científico. Expresó su pesar por el fallecimiento de víctimas inocentes cuando las bombas nucleares fueron lanzadas contra los japoneses en Hiroshima y Nagasaki. Dean Acheson, miembro del gobierno del presidente estadounidense Harry S Truman (1884-1972), explicaba en el *New York Times* del 11-10-1969 que tiempo después acompañó a Oppenheimer a la oficina de la Casa Blanca. Contó entonces que el científico le manifestó que sentía todavía remordimientos de conciencia, exteriorizados con un retorcerse las manos: «Tengo las manos manchadas de sangre». Este hecho nos muestra el divorcio entre la investigación y las consecuencias posteriores a la aplicación de esos inventos.

Nuestro joven científico, Rodríguez Chala, atribuye esto a la falta de una formación ética y filosófica que permita desarrollar un pensamiento más profundo y abarcador.

En este camino, se han cultivado los conceptos de paz, igualdad, democracia, libertad y justicia, de mano principalmente de filósofos de la talla de Kant, y de otros idealistas y filósofos ilustrados. A su vez, se han trocado los pilares del discurso establecido, de la fe, y han temblado con ellos algunos de los poderes más longevos y asentados, con la Iglesia Católica a la cabeza. Prueba de ello son los trabajos de Spinoza, Nietzsche o Marx, estandartes estos dos últimos, a su vez, y a la par que Sigmund Freud, de una escuela de sospecha (como lo expresaba Paul Ricoeur), otrora inadmisibles. El valor de aquellas tesis roza lo imponente, habida cuenta del impacto del freudismo en la ciencia de principios del siglo XX y el de las obras marxistas, deudoras, por cierto, del pensamiento de Hegel, en las revoluciones ulteriores. Y no solo en la Rusia leninista, sino también en Cuba, en las independencias en el Viejo Continente y en los modernos gobiernos de América latina.

Esa carencia en la formación científica provoca ignorancia sobre los posibles resultados no deseados, aunque previsibles, si se reflexionara seriamente y profundamente sobre los objetivos últimos de las investigaciones de todo tipo. Rodríguez Chala propone una filosofía que abone el compromiso social de científicos e investigadores para un acercamiento de la ciencia a los problemas de los más necesitados, algo que, en parte, ha estado lográndose en décadas anteriores.

Sin embargo, la filosofía no ha sido solo el rostro visible de la agitación social, sino también del desarrollo científico del que a la postre bebemos, somos herederos y actores interesados. La filosofía, lejos de pasar de puntillas, ha jugado un rol de envergadura en el plano de la ciencia. La biología, por ejemplo, abanderada en el contexto por la bioética, y venida al pueblo llano al calor de los transgénicos y las células madre, deviene de manera indefectible en litigios filosóficos, de los que todos hemos sido partícipes de una u otra forma. Las matemáticas: amigas y compañeras de los estudios filosóficos desde sus orígenes, como revelan los trabajos de Leibniz, Newton o Descartes y especialmente los desarrollos en lógica de Rusell o Godel (entre otros), cuyos teoremas de incompletitud revolucionaron, sin duda, el pensamiento moderno. Los fundamentos de la matemática siguen siendo, al día de hoy, objeto de contienda entre los estudiosos del campo. De contienda que, también, es filosófica.

Termina afirmando:

La filosofía supone, como pretendo mostrar, un ejercicio de importancia capital. Una condición sine qua non del desarrollo mental. Y no hablo ya de los clásicos, de los *Principios de la razón* o de *Así habló Zaratustra* (que nos llenan asimismo de paz y vida, de amor y fruición intelectual). Hablo de las pequeñas batallas. De opinar, de pensar. Porque señores, reflexionar, discutir, posicionarse; todo eso es también filosofía. Podría decirse, por tanto, que todos somos filósofos.

La filosofía “no sirve para nada”

En la página anterior, coloqué una afirmación que puede provocar equívocos: «Podría decirse, por tanto, que todos somos filósofos». Bien, ¡enhorabuena que ello suceda! No debe entenderse en el sentido académico de un profesional de la filosofía, sino como un modo del pensar que se cuestiona algunos temas en relación con lo humano. El equívoco nos arrastra a preguntarnos de qué se habla, qué se pretende decir con ello. Y esto abre un camino de búsqueda, la cual nos interna en una reflexión que puede comenzar con la siguiente cita. Pertenece a otro español, profesor de Filosofía y de Ética, Jefe del Departamento de Filosofía en Educación Secundaria Pública. Para presentarlo como en su tierra, es don Juan Pedro Viñuela Rodríguez. Encuentro aquí una línea de pensamiento que se acopla con lo ya analizado a partir de las ideas del físico Mikael Rodríguez Chala:

¿Para qué sirven la filosofía y las humanidades? Pues para nada. Por eso el Ministerio es coherente al intentar casi eliminar la filosofía de los estudios de secundaria y reducir a la mínima expresión las humanidades, así como las ciencias teóricas o fundamentales. No nos engañemos, llevamos un muy largo tiempo viviendo en un mundo plano, un mundo unidimensional en el que los valores se han ido reduciendo a los valores del mercado, los valores de cambio, valores económicos. Por eso surge la pregunta de para qué sirve la filosofía, la ética, el arte, la música clásica, la literatura. Pues dentro de este esquema de valores que es el predominante, el pensamiento único del *establishment*, que se extiende por doquier, en virtud de los medios de manipulación y control de masas, la respuesta es, lógicamente: *para nada*.

El tono provocativo tiene el astuto propósito de sacudir nuestra sesera, puesto que la afirmación arrojada —«No sirve para nada»— nos obliga a suponer que no es eso lo que este profesor piensa, dados los muchos años dedicados a su enseñanza. Sin embargo, con una inocultable picardía, nos coloca ante un *sentido común*, muy en boga: queda expresado en la pregunta de aquellos padres que deben enfrentarse con la decisión de un hijo que les comunica haber decidido estudiar filosofía: “¿Y de qué vas a vivir?”. La pregunta

lleva implícita la respuesta que reza: *de la filosofía, no lo vas a poder hacer*. La frase «no sirve para nada» nos obliga a repensar qué significa “servir”, es decir, cuál es la utilidad. El profesor nos comenta:

La visión imperante de la educación es una visión tecnocrática que se apoya en el fin fundamental que ha devenido siendo la salida laboral, es decir, servir al mercado, o la adaptabilidad a la sociedad en la que vivimos. Es decir, que es el mercado el que debe regular los planes de estudios, sus currículos y sus fines. Y aquí entra un segundo pilar, los tecnócratas de la educación, los pedagogos. Estos han creado una ideología que sustenta las supuestas formas de aprendizaje y, curiosamente, esas supuestas formas de aprendizaje se adaptan perfectamente al ideal del funcionamiento de una empresa, más aun, de una empresa privada. Se vacía el contenido humanista y se erige a la competencia como medida, se elimina el aprender, el reflexionar, y se introduce la falacia del “discurso único”; se elimina la autoridad moral e intelectual del docente, se elimina la ética y la educación para la ciudadanía. Los ciudadanos no interesan, interesan los obreros y empleados intercambiables sin conciencia de sus derechos, de actitud cabizbaja y obediente.

Sin embargo, aquella persona de los siglos XVIII y XIX, sometida a un sistema monótono y repetitivo —que trabajaba 14 o 16 horas diarias sin protestar— despertó a la conciencia del reclamo de mejores condiciones de labor y de retribución. Esto llegó hasta la década de los setenta del siglo pasado. Un lento pero eficaz avance de los capitales concentrados fue demoliendo el edificio del Estado benefactor y, con él, fueron eliminándose las conquistas laborales. Para este cumplimiento de los planes del proyecto globalizador, le era imprescindible un perfil humano menos confrontativo, menos crítico del sistema; para ello, menos analítico y reflexivo.

La dicotomía presentada antes pintaba un juego sinuoso de la Historia en el que, después de siglos de explotación del trabajo, la Revolución Industrial Inglesa (1750-1800) dio paso a un modo de producción que acentuó esa explotación. Pero, al mismo tiempo, agudizó la conciencia colectiva, iluminada por el pensamiento de los socialistas, los comunistas y anarquistas, y comenzó a reclamar mejoras que fueron modificando paulatinamente el cuadro social del trabajador. En un sentido muy amplio, se puede sostener que todos los pensadores críticos del capitalismo naciente eran filósofos, para nombrar sólo a algunos: Pierre Joseph Proudhon (1809-1865), Mikhail Bakunin (1814-1876), Karl Marx (1818-1883), Piotr Kropotkin (1842-1921). Ellos, a pesar de sus diferencias, propusieron un modo de pensar el hombre y la sociedad dentro del contexto de la historia, que incluía aspectos políticos, económicos, institucionales, jurídicos; es decir, una *filosofía social*.

Leamos, entonces, este problema como lo plantea el profesor Viñuela Rodríguez:

La filosofía nos ayuda a comprender el mundo, es la madre de las ciencias y su guía. Porque la filosofía es cosmovisión, nos ayuda a tener una visión global e integradora del saber. Es una disciplina imprescindible para poder pensar el mundo de la hiper-especialización en el que vivimos. Nos aporta una luz general, un poco de orden y de sentido común que nos permiten no perdernos en el marasmo de los saberes especializados y del *saber hacer*, frente al mero saber por el solo hecho de saber. La filosofía también nos ayuda a entender la ciencia, a plantearnos sus relaciones con otros ámbitos de la sociedad, porque la ciencia no es neutral, la ciencia actúa dentro de un complejo industrial, político, social y militar. Y la ciencia tampoco está exenta de valores. Y los valores son un objeto propio de estudio filosófico, concretamente, la ética. La ciencia nos enseña cómo es el mundo y su aplicación, que tiene estrecha relación con lo político, con lo empresarial, lo económico y con lo militar, nos permite gobernarlo y aprovecharlo. La filosofía nos permite entender este fenómeno. Y la ética, como saber normativo que es, nos permite valorar el saber tecnocientífico. Lo cual es algo importante, porque, de esta manera, la ética es una guía sobre el deber ser de la ciencia, ya que la ciencia no puede estar en manos sólo de la política económica y del mercado.

No debe escapársenos la advertencia, que ya hemos analizado más arriba, respecto del divorcio entre la ciencia y la ética. Cuando ambas avanzan por senderos desencontrados, se corren serios riesgos en un mundo cuyo potencial militar destructor puede acabar con varios planetas Tierra. La fascinación por el mundo tecnológico es promocionada por intereses inconfesables a los que mueve solamente la ventaja de hacer dinero a cualquier precio. La tecnología en esas manos dispone de los drones⁴, máquinas autónomas de matar a distancia. La investigación científica sin una guía ética tiende a rebasar todos los límites humanos. El profesor comienza a justificar y legitimar la necesidad de la filosofía:

De esta forma, la tecnociencia se convierte en un instrumento del poder que aliena al hombre y le sirve al propio poder para tratar al hombre como un instrumento, y a la naturaleza como objeto meramente de explotación. La filosofía es un saber que nos hace pensar sobre todo esto y que nos sirve para entender mejor la ciencia y con ello entender mejor a la sociedad y evitar los males, por un lado, de los aprendices de brujo y, por otro, de la ambición de los poderosos y de los ricos. La filosofía nos da una visión integradora de la ciencia en tanto que es conocimiento del mundo y también acción sobre el mundo. También nos ofrece una visión integradora del mundo, porque la filosofía es un discurso de segundo orden que, partiendo de las ciencias, nos ofrece una visión global y unitaria del mundo. Le otorga un sentido que la ciencia, como saber sólo teórico y absolutamente especializado, no le da. Pero sí la filosofía, porque ésta en tanto que ética se permite valorar.

El origen y la importancia de la filosofía

En un sentido un tanto restrictivo —que no comparto, dado que contiene una estrecha mirada centroeuropea—, nuestro profesor afirma que:

El pensamiento es la gran apuesta de Occidente, el gran invento griego. El pensamiento, el *logos*, nació como la capacidad que el hombre tiene por medio de su razón y su crítica de entender el mundo y ordenar el Estado. Es el milagro griego.

Adjudicarle con exclusividad a la tradición ateniense el origen del pensamiento es una postura típicamente moderna de Europa. Incluye el menosprecio a otras culturas anteriores y de un gran significado para la configuración de la vertiente occidental. Es el resultado de la modernidad europea que construye de este modo un *pasado noble*. ¡No se pueden olvidar tradiciones de pensamiento como la china, la egipcia, la india, la semita, etc.! Aquí nuestro profesor peca de un etnocentrismo pernicioso, aunque son interesantes otras aseveraciones que analizaré. Como ejemplo de lo que sostengo, vaya este párrafo:

Grecia es el origen de la civilización frente a la barbarie. Porque el *logos*, la razón, el pensamiento, sustituyen al poder de la superstición, al poder del más fuerte, a la tiranía,... El *logos* nos permitió entender el mundo, explicarlo desde la razón, comprender las fuerzas que lo gobiernan. Y ello nos hizo libres, tanto de la tiranía del mundo, como de la tiranía política de aquellos que utilizaban la ignorancia del mundo para inventar mitos y supersticiones que no tienen otro objetivo que el dominio y la explotación del hombre.

⁴ Esta arma dispara unos auténticos misiles teledirigidos, que pueden ser guiados por una computadora. Son capaces de portar un poder de fuego altamente destructivo.

No me extenderé mucho, porque el espacio de una nota no lo permite, pero diré algunas cosas. La confrontación de conceptos como civilización y barbarie⁵ es una herencia de los iluministas del siglo XVIII que hoy es ya difícil de sostener. Denuncia la mirada de la superioridad europea sobre los pueblos de la periferia. Otro tanto puede decirse al calificar las tradiciones de esas culturas como supersticiosas y cuyo objetivo fuera “el dominio y la explotación del hombre”. ¿Se olvida de la esclavitud griega, por una parte? ¿Dónde coloca la riqueza de los mitos que tanto dicen sobre la sabiduría antigua, por otra?

A pesar de ello, debemos compartir la importancia de la herencia helena, aunque no fue ella la única que enriqueció la cultura occidental. Sin embargo, podemos acompañar su defensa:

Por eso, la filosofía es un saber necesario que nos permite una unificación del hombre y el mundo, que nos aporta un sentido dentro del mundo y la sociedad. Un saber que va más allá de lo obvio, de las apariencias y de las meras opiniones. De ese mundo salimos, porque nos sacó la filosofía.

La filosofía como iluminación del pensamiento hacia modos ordenados, sistemáticos, críticos, que nos ayudan a profundizar sobre los temas y problemas del hombre, que despejan la palabra de cargas distorsionantes tras la búsqueda de la verdad al alcance humano, es una tarea del espíritu de nuestra época a la que no debe renunciarse. Y el llamamiento adquiere mayor importancia ante la denuncia de nuestro profesor, respecto de los intentos de apartar esa disciplina de la enseñanza escolar:

Y a ese mundo nos hemos empezado a dirigir en las postrimerías del siglo XX y los inicios del XXI. Por eso, el inicio de la barbarie es el anuncio de la muerte de la filosofía. Y por eso nuestra crisis es filosófica y de ahí que sea absolutamente urgente su recuperación. Porque la filosofía es libertad y lucha contra la tiranía de cualquier orden.

Las propuestas de modificación de los contenidos de la enseñanza, de avance en Europa, pero también detrás de unos cuantos planes de estudio, en ronda por los gabinetes ministeriales, le otorgan a esta denuncia una importancia que no debe menospreciarse. El imperio del pensamiento lineal-técnico es una necesidad del imperio global para desterrar el pensamiento crítico que cuestiona el orden imperante.

Lo rescatable como una postura muy interesante del profesor Viñuela Rodríguez merece que nos detengamos para su análisis: colocar a la filosofía como un modo del pensamiento ligado a la política, entendida ésta en su sentido aristotélico (ciencia de la *polis* o, en palabras de hoy, la ciencia que debe estudiar las formas institucionales para garantizar el máximo posible de libertad e igualdad de los ciudadanos). Leamos:

Quiero sostener aquí que existe una relación necesaria entre la barbarie y el fin del pensamiento o de la filosofía. Y quiero decir que nuestra crisis económica, ya larga, tiene sus orígenes más lejos todavía, pero hace cuatro décadas se tomó como decisión seguir un modo de pensamiento que después, con el tiempo, se ha ido perfeccionando. Y que ese modo de pensamiento llevaba aparejado *el fin del pensamiento mismo*. Y en eso nos encontramos ahora. La crisis europea es una crisis del pensamiento, de la filosofía que sostiene y estructura nuestra visión del mundo y le otorga valores a través de los cuáles se producen y vertebran nuestras relaciones con los demás y con el propio mundo. Por tanto, es una crisis filosófica y ética.

En este párrafo, propone una definición más acotada de *barbarie*, que aceptaré como referencia al intento de *eliminar la libertad de pensamiento*, para poder avanzar en el análisis de este tema que considero de una gran importancia. El neoliberalismo, como proyecto de imponer un modo de pensar definido con estas palabras: «Hay un solo tipo de problemas y un único modo de solucionarlos» (denominado “pensamiento único”), pretendió cerrar todo intento de debate por inútil, ya que todas las ideas políticas

⁵ Se puede consultar para un análisis más detallado de este tema mi trabajo: *Civilizados y bárbaros* publicado en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2

habían caducado con la caída del Muro de Berlín, como hecho paradigmático. A la pretensión de imponer ese pensamiento —que era, en realidad, la negación del pensamiento— sólo puede dársele combate desde las trincheras filosóficas. Equivale a decir, desde la propuesta de un ámbito regido por el cruce de ideas debidamente fundamentadas que convergen en propuestas mayoritariamente compartidas: la democracia. Porque así define lo que debemos afrontar:

En el fondo, obedece a una falsa filosofía y a una falsa ética que nos llevan a la barbarie. Y barbarie son los totalitarismos, el fascismo y la ausencia del pensamiento. Es decir, la pérdida de la ciudadanía, la libertad, los derechos y la caída en la sumisión y el vasallaje. Es eso lo que se ha iniciado hace unos años y es esto lo que se refleja en la eliminación de la filosofía y la ética en los planes de estudio de la nueva ley educativa que se quiere promover. La ley es una consecuencia directa de esa falsa filosofía, la filosofía del mercado y de la reducción de los valores a los del consumo, el éxito, la fama, el tener, el hedonismo superfluo, el egoísmo ramplón y la inconsciencia de pertenecer a la polis, al estado. Es decir, la falta de pensamiento y de ética.

El resultado de un modo de vivir y pensar impuesto por la globalización: la *filosofía del Nuevo Orden Político* requiere, como segundo paso, eliminar de los ámbitos educativos la existencia de prácticas sociales aptas para abrir el cuestionamiento. Se debe evitar, desde esta postura, la presencia de docentes que introduzcan “ideas extrañas, soliviantes de las cabezas de los alumnos”. Es clara la intención de evitar el debate, a partir de las ideas que algunos textos clásicos pueden aportar. Todo ello debe ser imposibilitado para no generar grietas en el proyecto de adoctrinar en el *pensamiento único*. Se requiere un alumno dócil, sumiso, sin preguntas. Por ello, se apunta a la capacidad de pensar que la filosofía ofrece:

Y de ahí que la filosofía esté causalmente vinculada a la democracia. No hay democracia sin filosofía, ni filosofía sin democracia. Por eso, no ha de extrañar que sea en un momento de déficit absoluto de la democracia cuando se plantea la eliminación de la filosofía. Hay que eliminar que ese rescoldo de pensamiento pueda hacer renacer una democracia sana, que no esté secuestrada por los poderes económicos, mediáticos, políticos... La democracia aparece en Grecia de la mano de la filosofía, y la filosofía se desarrolla en Grecia dentro del ámbito político de la democracia. Democracia es diálogo. El *logos*, la razón debe ser lo se tenga en común.

La filosofía como iluminadora del pensar ciudadano

Una asombrosa paradoja encierra el imperio del *pensamiento único*, desprendimiento sorprendente de un pragmatismo que ha abandonado toda exigencia de *verdad*. Aunque la filosofía contiene la reivindicación, la de ser un camino para acceder a una verdad que pueda ser sostenida argumentativamente, estos propósitos han caído en desuso por la nueva práctica del opinionismo⁶. En las últimas décadas, se ha ido imponiendo su ejercicio cotidiano en el habla coloquial: se presenta como una *libertad de opinión* que ha renunciado a la búsqueda de su veracidad, con lo que puede no necesitar una cierta coherencia o una fundamentación lógica. Es lo que ha definido el concepto de *opinión pública en la sociedad de masas*, entendido esto como la opinión de cualquier *ciudadano de a pie* que se siente con *derecho a opinar* sobre cualquier tema, sin

⁶ Se define como “opinionista”, palabra de origen italiano, a la persona que se expresa sin argumentar, partiendo desde su propio modo de pensar sin aportar más argumento que ése. Hace gala de conocimientos que no tiene y demuestra que no le preocupa no tenerlos.

necesidad de la mínima versación o preparación, por haber estudiado o investigado un poco algún aspecto de ellos.

Queda oculto, en esta práctica social, que esa opinión está incentivada por un sistema informativo que abusa de la noticia sin verificación de evidencia, de noticias aparecidas y desaparecidas fugazmente sin que se sienta la obligación de informar sobre su finalización. De este modo, la opinión pública es el resultado de la catarata informativa que arroja sobre el espacio público un caudal imposible de metabolizar por el receptor. Todo ello es manejado con una aparente irresponsabilidad de personajes, llamados *periodistas*, en muchos casos, también con una mínima formación intelectual. Estos hacen gala de un asombroso desconocimiento del lenguaje y, por su pobreza, expresan un discurso chato, superficial, necio, insustancial. Este modo del discurso periodístico exhibe un uso desaprensivo de la relatividad del pensamiento.

El profesor Viñuela Rodríguez avanza en este sentido:

El relativismo es otra forma de muerte de la democracia, si todas las opiniones son iguales, si todas son equivalentes, al final la opinión que sirve es la del más fuerte, he aquí el fascismo emergiendo de la propia democracia. Y eso es hoy en día lo que ha ocurrido cuando se ha establecido la equivalencia de las opiniones. Se ha eliminado el pensamiento y con él la filosofía. Se ha eliminado, en definitiva, la democracia. Se nos ha confundido por parte del poder político y se nos ha hecho pensar en una equivalencia que no es tal, la supuesta equivalencia entre la libertad de expresión y el respeto de las opiniones. Pues no, una cosa es la isegoría⁷, la libertad de expresión, y otra el respeto a cualquier opinión. Lo que la democracia y la filosofía que la sustentan nos dicen es que lo respetable son las personas y que las opiniones son para debatirlas. El respeto a las opiniones por ser tales es la pérdida del diálogo, el pensamiento y, con ello, abrir la puerta a la opinión del más fuerte. Es decir, a la tiranía. Es abandonar la civilización para caer en la barbarie. Barbarie tecnocrática, precisamente, que es en la que nos encontramos por el engaño del poder que nos ha hecho abandonar el pensamiento. Y por eso defendemos aquí la vinculación causal de democracia y filosofía. Sin filosofía no hay democracia y sin ésta lo que hay es barbarie: fascismo, totalitarismo, tiranía, absolutismo, fanatismo, violencia... hoy en día nos encontramos en una barbarie tecnocrática y un fascismo del mercado, una ausencia de valores y de ética y una democracia de papel.

El profesor defiende el concepto de isonomía⁸ como modelo de democracia ateniense. Considera una de las características que definían la democracia, mediante la cual la herencia griega se presenta como portadora de una civilización sustentada por *la igualdad ante la ley*:

Todos somos iguales ante la ley, y la ley tiene su origen en el pueblo. La ley no es arbitraria, no depende del poder del más fuerte, ni del más rico, ni del clero. La ley emana del pueblo y nadie está por encima de la ley. Esto es lo que nos enseña la democracia y ésta es la conquista filosófica que tiene como modelo ejemplar a Sócrates, “a las leyes se las obedece”, lo cual nos saca de la incerteza jurídica.

Podemos concluir diciendo: el ataque contra la filosofía como instrumento necesario para la educación en el pensamiento crítico, es un tiro por elevación contra la posibilidad de una democracia deseable, según el modelo que expone el profesor.

⁷ En época anterior a la democracia, los griegos usaban la palabra “isegoría”, que procede de isos = ‘igual’, y ‘ágora’ = asamblea. Significa un sistema en el que todos hacen uso de la palabra de igual a igual.

⁸ La isonomía es el concepto de igualdad de derechos civiles y políticos de los ciudadanos. Es la consigna política que expresaba de la forma más sucinta el carácter propio de la democracia, opuesto al ejercicio ilimitado del poder por parte del tirano. Era el término en uso para designar un régimen democrático, antes de que el concepto de democracia se generalizara.

El pensar filosófico crítico debe ser un ejercicio del ciudadano

Hemos seguido la argumentación del profesor Viñuela Rodríguez, si bien no puedo afirmar que acompaño todas sus enunciaciones, y eso ya lo he subrayado. Debo repetir: no puede dejar de interesarnos su línea de pensamiento y su defensa de una filosofía crítica —lo que no significa cualquier filosofía—, ya que una de las manifestaciones de ésta es la defensa del proceso global como legitimación de su existencia y de sus propósitos. Aunque se presente como una paradoja, es necesario decir, para despejar el camino de algunas neblinas, que la desvalorización del pensamiento filosófico se hace desde una filosofía que se traviste en la negación de la filosofía sin más, ya que una de las características del *pensamiento único* es presentarse como una posición aséptica, objetiva, avalorativa. En realidad, lo que se ataca bajo ese manto supuestamente neutro es todo aquello que asome como una revisión crítica de los fundamentos del proyecto globalizador: sus pretensiones y sus consecuencias, cada vez más evidentes.

De allí que insista:

Pero hoy vemos que comienza a triunfar una forma de la barbarie: las leyes no son iguales para todos; las leyes se hacen con una intencionalidad que no es la del pueblo, sino la de distintos poderes, el político y sobre todo el económico. Estamos al borde del abismo que es el fascismo y la tiranía que emergen del imperio de la arbitrariedad del poder, facilitado por la oscuridad de la sinrazón. De ahí la necesidad imprescindible del saber filosófico, de la ética, los únicos saberes que pueden revitalizar la democracia. Y de ahí que nuestra crisis sea ética y filosófica. Más aun, es una crisis de nuestra civilización, es el fin del pensamiento y el comienzo de la barbarie.

No puede extrañarnos ni llamarnos demasiado la atención lo dicho. Cualquier ciudadano ligeramente informado no puede ignorar el estado social, político y económico en el que se está sumergiéndose una parte de Europa, proceso que augura el mismo destino de aquellos países que todavía no muestran en superficie las consecuencias que ya comenzaron a padecer, incluida Alemania. El circunstancial triunfo de un proyecto, que se ha denominado, hace tiempo, *el capitalismo salvaje*, bajo el dominio de los especuladores financieros, no puede tener otro final que el desastre. Sobre esto, el profesor sostiene:

El mundo en el que vivimos, que han construido para nosotros, para esclavizarnos, para eliminar las conquistas sociales, antropológicas y laborales de doscientos años para acá, está siendo fagocitado por una forma de pensamiento (ausencia de tal) y un conjunto de valores (contravalores o valores económicos, exclusivamente) que excluye el humanismo del mundo y del pensamiento, sostenido por su piedra angular, la filosofía.

Como corolario de esta seria argumentación, se puede afirmar que ante la pregunta: ¿Y las humanidades? ¿Y la filosofía?, se debe responder que no tienen cabida para los fines propuestos por ese poder inhumano. No sólo no “sirven para nada”, como irónicamente sostiene el profesor. Su inutilidad reside en que su objetivo es totalmente contradictorio con el proyecto dominante:

La filosofía nos enseña a ser personas, porque la filosofía, y las humanidades en su conjunto, inventan el concepto de ley, de persona, de libertad, de igualdad, de fraternidad, de derechos y deberes, de democracia y así sucesivamente. Pero todos estos valores no están dentro del mercado. Es más, interesa que salgan de la circulación. Que no exista un pensamiento que los recoja, que revise críticamente sus contenidos. En definitiva, que caigan en el olvido y una gran losa se cierre sobre ellos. La filosofía es el ámbito de la libertad civil, de pensamiento y política. Cuestiona el poder, analiza al hombre, jerarquiza los valores, desenmascara el engaño del poder como el de la unidimensionalidad de los valores económicos. No sirve, porque no es útil, entendiendo lo útil por aquello que es eficiente económicamente.

La filosofía, las humanidades, colocan en el centro de su pensamiento el problema humano. Y, precisamente por eso, han sido las humanidades y la filosofía como una reflexión última sobre el hombre, las que han apoyado el desarrollo de la persona y apuntan hacia su emancipación. Reside aquí su potencial subversivo para las duras reglas del mercado. De ese modo, se comprende mejor la ironía que contiene la afirmación de Viñuela Rodríguez, que justifica su inutilidad y su eliminación.

Tras los vericuetos irónicos mediante los cuales el profesor nos ha brindado una crítica a las intenciones de borrar del sistema educativo a la filosofía y a las humanidades, recorro a otro filósofo español, Santiago Alba Rico⁹ (1960), que dispara sus armas desde la misma trincher. Cito, para ello, un artículo suyo publicado con el título *¿Qué valor práctico tiene la filosofía?* En él, plantea la misma temática, aunque adopta una argumentación de tono positivo, cuando responde de la pregunta formulada:

La pregunta por el valor práctico de la filosofía es la pregunta por el valor práctico de hacerse preguntas en un mundo que ofrece sólo —al contrario de lo que se piensa— respuestas. El mundo mismo, de hecho, tal y como está configurado, es una respuesta compleja que se anticipa a preguntas que aún no se han hecho o que incluso no se pueden hacer. Pienso en el mundo llamado “natural” o cosmos, que antes de presentar enigmas ante nuestros ojos -las estrellas, por ejemplo- nos proporciona la luz del Sol, respuesta atmosférica que nos permite vivir sin hacernos demasiadas preguntas. Pero pienso también en el universo social, una membranosa red de respuestas articuladas en la que ponemos el pie cada mañana sabiendo bien qué es lo que tenemos que hacer: cómo vestimos, de qué manera saludar, a quién respetar y, más importante aun, de dónde proceden nuestros medios de subsistencia.

El filósofo Enrique Dussel¹⁰ (1934) nos habla de nuestra actitud habitual por la cual vivimos inmersos en un mar de hechos, cosas, fenómenos, que se disuelven en la cotidianidad. El extraerlos de ese horizonte que se invisibiliza exige prestar atención. Si fijáramos nuestra mirada sobre ellos, se “iluminarían” y despertarían nuestra curiosidad. El formular preguntas sobre ello los convierte en problemas que piden respuestas. No es que esto deba ser obligatorio, es un llamado de atención respecto de pararse ante la vida con una *actitud filosófica de preguntar*. Si no nos preguntamos, todo lo que nos rodea se mantiene imperturbable en su estar allí. Es decir, no aparecen los problemas. Estos se convierten en tales, en tanto el hombre los *nombra*. Es la pregunta la que genera la transformación de lo habitual en problema. Ella es la causante de la transmutación de los objetos en cuestiones para pensar:

Es siempre así, y ha sido siempre así, lo más habitual, lo que “llevamos puesto”, por ser cotidiano y vulgar, no llega nunca a ser objeto de nuestra preocupación, de nuestra ocupación. Es todo aquello que, por aceptarlo todos, pareciera no existir; a tal grado es evidente que, por ello mismo, se oculta.

El entorno en el que vivimos, nuestro hábitat, nuestro mundo cultural, está cargado de problemas que se mantienen ignorados, en tanto no reparamos en su existencia. Es la presencia humana la que puede correr el velo que invisibiliza la riqueza contenida en los temas vitales. Esto llega a un grado sublime en *Así habló Zaratustra*, del filósofo Friedrich Nietzsche¹¹ (1844-1900), cuando le hace exclamar ante la salida del Sol:

«¿¡Qué sería de tu felicidad si no tuvieras a aquellos a quienes iluminas!?».

⁹ Filósofo español, licenciado en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid, escritor; ensayista y periodista.

¹⁰ Académico, filósofo e historiador argentino. Fue rector de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Es reconocido internacionalmente por su trabajo en el campo de la Ética, la Filosofía Política y la Filosofía latinoamericana, y por ser uno de los fundadores de la Filosofía de la Liberación.

¹¹ Filósofo, poeta, músico y filólogo alemán, considerado uno de los pensadores modernos más influyentes del siglo XIX.

Le recuerda al Sol que su importancia está dada por la presencia humana. Sus rayos, que posibilitan la vida, no serían reconocidos en su valor, de no existir el hombre que lo expresa. La pregunta, un tanto extravagante para quien no frecuenta la filosofía, evidencia lo que Dussel reclama: lo habitual se desvanece ante la mirada que lo ignora. De allí que acentúe que el hombre,

...por el sólo hecho de serlo, ha nacido, se ha originado, ha descubierto las cosas, las existencias en un "mundo", desde un conjunto de perspectivas constituyentes, que, por tan sabidas, no las sabe nadie. En cierto modo, descubrir los últimos constitutivos del mundo es ir al encuentro de un número limitado de "perogrulladas", que significan, sin embargo, los últimos soportes de nuestras existencias

La trivialidad de lo cotidiano se singulariza, se ilumina y embellece ante la pregunta del hombre que quiere saber *por qué se ha dado de ese modo, por qué es así ahora, cómo se produjo esa realidad que lo rodea*, y tantas otras preguntas posibles que *pueden convertir una minúscula célula en un problema científico*. La belleza del paisaje es tal, sólo si está el hombre que la admira. Por ello, insiste Alba Rico en la necesidad de preguntar, porque la pregunta nos hace más y mejores humanos. Sin embargo,

No todas las preguntas son filosóficas, es verdad, pero las que no lo son, no son verdaderas preguntas. La pregunta del enamorado que aún no sabe si la amada lo aceptará, no es una pregunta filosófica, aunque sí lo es la pregunta sobre el amor mismo. Sólo el preguntar sobre el mundo -natural o social- puede definirse como un preguntar filosófico. ¿Y las respuestas? ¿Cómo son las respuestas filosóficas? Me atrevería a decir que no hay respuestas propiamente filosóficas y que las respuestas a las preguntas filosóficas son respuestas científicas, antropológicas, religiosas, políticas, según el caso. La filosofía pregunta y responden las distintas disciplinas, las teóricas y las "pragmáticas", sin agotar nunca el espacio de la filosofía para seguir preguntando.

La enorme riqueza filosófica contenida en el preguntar del niño —porque quiere siempre saber más— se va despilfarrando durante esos años que denominamos *madurez*. El abandono del preguntar es una renuncia a una vida mejor.

La filosofía nos habla de profundidades

Nos enfrentamos a una segunda etapa, una vez aceptada la necesidad de la filosofía como condición del comienzo de un pensar más profundo, más agudo, que intenta ver por detrás de las *apariencias* (según la Academia: aspecto o parecer exterior de alguien o algo; verosimilitud, probabilidad) y sumergirnos en lo más denso de la existencia. En esta, la tarea se impone como una búsqueda de las mejores respuestas sobre aquello que *somos* y qué *deberíamos ser realmente*, equivale a preguntarse sobre *lo más humano de lo humano*, aceptando lo humano como una vida tendida hacia un futuro, un proyecto, sin desconocer que el pasado es el condicionante de la estructura de nuestro pensamiento actual. Advertimos que nos queda todavía mucho trecho por delante.

Una cuestión soslayada durante bastante tiempo, emparentada con las preguntas anteriores, es acerca de cuáles son las posibilidades reales de la persona, en su calidad de humana, de conocer en qué mundo vive, que choca contra la idea proveniente de la vieja, tradicional definición latina del *hombre como ser racional*. Esta certeza se consolidó con el racionalismo de cuño griego clásico, replanteado por la filosofía francesa de los siglos XVII y XVIII, denominados la *Edad de la Razón*. Posteriores crisis del pensamiento europeo emergen en el siglo XIX, y fueron tres grandes maestros quienes las denunciaron. El filósofo

francés Paul Ricoeur¹² (1913-2005) rescató esas figuras con el nombre de *Maestros de la Sospecha*. Una buena síntesis de esta afirmación la encontramos en *Wikipedia*:

Los tres maestros de la sospecha: Marx, Nietzsche y Freud, aunque desde diferentes presupuestos, consideraron que la conciencia en su conjunto es una conciencia falsa. Así, según Marx, la conciencia se falsea o se enmascara por intereses económicos; en Nietzsche, por el resentimiento del débil, y en Freud por la represión del inconsciente. Sin embargo, lo que hay que destacar de estos maestros no es ese aspecto destructivo de las ilusiones éticas, políticas o de las percepciones de la conciencia, sino una forma de interpretar el sentido. Lo que quiere Marx es alcanzar la liberación por una praxis que haya desenmascarado a la ideología burguesa. Nietzsche pretende la restauración de la fuerza del hombre por la superación del resentimiento y de la compasión. Freud busca una curación por la conciencia y la aceptación del principio de realidad. Los tres tienen en común la denuncia de las ilusiones y de la falsa percepción de la realidad, pero también la búsqueda de una utopía.

Estos tres pensadores pusieron de manifiesto un proceso que había comenzado en el siglo XVIII, con la aparición de la producción en masa en grandes fábricas, en las que se transformó a los trabajadores en “animales para la producción”. La cultura europea, que florecía en sus sectores privilegiados, ocultaba la brutalización y animalización de las clases subalternas que iban generando un malestar del cual estos pensadores se convierten en *profetas*. Las resultantes de estas investigaciones mellan profundamente la certeza de la capacidad de la Razón al develar sus limitaciones. Un siglo después, acontecidas las dos Grandes Guerras, este proceso estalló en la denominada *Posmodernidad europea*. El pensador J. I. González Faus afirma: «No entenderemos bien todo eso que se ha dado en llamar “posmodernidad”, si no percibimos que está hecha de dolor o, al menos, de decepción».

La duda se entronizó cuestionando valores que habían funcionado como columnas sólidas de la estructura cultural durante siglos, y que dejaban ahora en descubierto una relación *sujeto-mundo*, sobre la que se sustentaba la certeza del saber humano: *la razón es el instrumento legítimo para conocer*. Los Maestros habían introducido una sospecha que fue socavando esa certeza. Ya no se contaría con las seguras respuestas de antes.

Esta síntesis, un tanto esquemática necesariamente, intenta colocar un suelo aceptable sobre el cual comenzar a construir un pensamiento crítico que nos despeje el camino de aquellos escombros para que, liberado el camino, podamos asegurar nuestra marcha hacia respuestas más hondas y densas a las preguntas antes formuladas: ¿qué *somos realmente*? y ¿qué *deberíamos ser*?, que equivale a preguntar ¿qué *es lo más humano de lo humano*?

La filosofía crítica se vuelve contra el sujeto pensante

Afrontemos ahora el problema que venimos analizando, desde otra óptica. El término “paradigma” se origina en la palabra griega “parádeigma”, que, a su vez, se divide en dos vocablos: pará = ‘junto’ y deĩgma = ‘ejemplo, modelo, patrón’. Originariamente, significa ‘patrón o modelo’. En *Wikipedia*, encontramos esta definición:

¹² Filósofo y antropólogo francés, conocido por su intento de combinar la descripción fenomenológica con la interpretación hermenéutica. Licenciado por las Universidades de Rennes y de la Sorbona. Fue profesor de las Universidades de Estrasburgo y de la Sorbona, en París.

En términos generales, se puede definir al término paradigma como la forma de visualizar e interpretar los múltiples conceptos, esquemas o modelos del comportamiento en todas las etapas de la humanidad en lo psicológico y filosófico, que influyen en el desarrollo de las diferentes sociedades integradas e influenciadas por lo económico, intelectual, tecnológico, científico, cultural, artístico y religioso que al ser aplicados pueden sufrir modificaciones o evoluciones según las situaciones para el beneficio de todos.

El filósofo y científico Thomas Kuhn¹³ (1922-1996) publicó *La estructura de las revoluciones científicas* (1962), obra en la que otorgó al concepto “paradigma” un significado más preciso para referirse al conjunto de prácticas que definen una disciplina científica durante un período específico. Las características que exigía fueron: a- lo que se debe observar y escrutar; b- el tipo de interrogantes que se supone hay que formular para hallar respuestas en relación con el objetivo; c- cómo deben estructurarse estos interrogantes; y d- cómo deben interpretarse los resultados de la investigación científica. Si bien este esquema está pensado para la actividad científica, podemos tomarlo para comprender cómo se estructura nuestra capacidad de conocer y entender, en una cultura como la occidental moderna, en la que la ciencia es un *modelo de acceso a la verdad*.

La introducción nos sirve para ir al encuentro de un intelectual, Rigoberto Lanz¹⁴ (1945-2013), que ha investigado el tema y ha escrito un texto en el cual aborda la incidencia del paradigma en la formación del intelecto. Bajo el título *El arte de pensar sin paradigmas. La educación en el banquillo*, analiza con profundidad este problema:

¿Es posible “pensar sin paradigmas”? ¿Es posible “vivir sin paradigmas”? Tal vez este tipo de interrogación pueda parecer un tanto retórica, pues la respuesta automática debería ser “No”. No, si se entiende paradigma como lo quiere Edgar Morin¹⁵: “*Todo supuesto respecto de la vida misma*”. Si paradigmas son los supuestos con los cuales pensamos, hablamos y nos comunicamos; si el lenguaje mismo es ya un supuesto, entonces, obviamente no se puede ni vivir, ni pensar sin paradigmas. Pero si paradigma no es solamente eso, como lo sugiere Morin, entonces la pregunta es menos retórica. Y si ya nos situamos en este comienzo del siglo XXI, unos de los rasgos más distintivos de la época que nos toca vivir es que, en efecto, ciertos paradigmas ya no sirven para pensar, ciertos paradigmas que nos acompañaron durante largas décadas, siglos incluso, ya no están en condiciones de pensar el mundo, ya no sirven para explicar el mundo, para guiar nuestras conductas en el mundo en que estamos.

Lanz nos desafía a discernir el problema que representa la inadecuación de las estructuras de pensamiento a través de las cuales nos relacionamos con la realidad cotidiana, social, económica, política, cultural, etcétera, dentro de la etapa que nos toca vivir. Las incongruencias que se nos cruzan en nuestras percepciones y reflexiones cotidianas generan un espacio de incertezas que debemos tener en cuenta para no quedar sumergidos en un mar de dudas que, a su vez, desestabiliza nuestra relación con el entorno y con los otros.

Tener conciencia de que manejamos una concepción del mundo que nos devuelve como respuesta el desorden, la inestabilidad, la depreciación de los valores, nos inquieta. Ello obliga a rever nuestras

¹³ Doctorado en Filosofía y en Física Teórica por la Universidad de Harvard. Fue historiador y filósofo de la ciencia estadounidense y profesor de esa universidad y de las de Berkeley, Princeton y Massachusetts.

¹⁴ Sociólogo, magíster en Filosofía de la Ciencia y profesor titular de la Universidad Central de Venezuela. Investigador, escritor, ensayista venezolano, académico, fundador del Centro de Investigaciones Postdoctorales de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela.

¹⁵ Sociólogo y antropólogo francés (1921). Estudiante de la crisis interna del individuo, ha abordado la comprensión del «individuo sociológico», a través de lo que él llama una «investigación multidimensional».

conductas y los modelos de pensamiento que empleamos. Está en juego nuestra salud psíquica y espiritual, y es imperioso encontrar respuestas necesarias y satisfactorias. El conjunto de ideas con las que hemos sido educados no puede dar cuenta de una cultura en la que se están desmoronando los valores que la sostuvieron por siglos. Si aceptamos la necesidad de un paradigma —los supuestos contenidos en éste obraron como sólidas columnas de la civilización occidental—, debemos tomar conciencia hoy de ser el causante de las discordancias, por no haberse adaptado a este momento de profundos cambios. El desafío es la necesidad de una reestructuración mental reelaborada para un marco de comprensión que proporcione un buen diagnóstico de todo aquello que está hoy en decadencia. Esto es, precisamente, la etapa signada por la crisis.

La filosofía crítica enfrenta la crisis del pensamiento

Y ahora, después de habernos colocado en contexto histórico; de haber tomado debida nota de las condiciones socioculturales de esta etapa que nos toca vivir; de asumir que no debe desconocerse la referencia sobre la importancia de la crisis en curso; que esta crisis, expandida en la dirección mundana, es decir, abarcadora del conjunto de las relaciones sociales, no deja indemnes nuestras subjetividades, estamos frente al verdadero comienzo de nuestra reflexión más profunda. Dada esta afirmación, el profesor Lanz nos invita a pensar:

Quisiera introducir entonces la pregunta de si es posible pensar sin paradigmas, interrogando la propia idea de la crisis de paradigmas, que es una de las expresiones más recurridas, probablemente, en el vocabulario académico hoy por hoy: "*Crisis de paradigmas*". Vivimos una "*Crisis de paradigmas*". Pero, ¿qué quiere decir "*Crisis de paradigmas*"? Por lo menos me gustaría invitarles a pasear un poco por los tres síntomas de la idea misma de crisis. Para comenzar, como ustedes bien saben, la idea de crisis está presente de forma abrumadora en todos los discursos. Hasta el punto de que es un concepto especialmente banalizado. Casi no dice nada, porque todo se nombra con la palabra "crisis". Por lo tanto, caracterizar una época, un momento, un paradigma en clave de crisis, no transmite de inmediato nada al lector; por el enorme poder trivializador que tiene un uso abusivo de esta palabra "crisis".

Esta advertencia nos lleva a dejar de lado la utilización periodística de este tema, por el abuso que ha vaciado lo mejor de su contenido semántico. Esto nos obliga a darle un sentido sólido que remita a pensar seria y detenidamente sobre el problema.

Lo primero que creo debe subrayarse y destacarse con letras firmes, es que la crisis hoy presentada es una crisis con mayúsculas. Y si el hoy aparece como una definición un tanto vaga, debe decirse, entonces, para ubicarnos, que su manifestación más clara se evidencia en estas últimas décadas. Sin embargo, por lo que ya vimos, la profundidad del tema nos remite a un siglo y medio, con la advertencia de los Maestros, cuya escala debe medirse por la incidencia en la totalidad de la lógica civilizatoria. Representa un punto de inflexión en el recorrido histórico mayor de la sociedad moderna, un período histórico de más de cinco siglos. Lo que está en juego es la totalidad del mundo cultural global¹⁶.

Profundiza su análisis nuestro profesor:

¹⁶ En otro trabajo de próxima publicación en esta misma página *La decadencia de Occidente* se podrá leer al respecto un análisis más detenido.

Es una caracterización que quiere poner el centro de atención, no en este o aquel aspecto de detalle, de tal o cual saber, disciplina o ambiente cognoscitivo, sino en el propio centro fundacional de una civilización. Nada más y nada menos. Estamos diciendo que la Modernidad, (con "M" mayúscula), es decir, una civilización, tiene tres o cuatro siglos instaurando y realizando un modo de ser, de pensar, de producir y de reproducir la vida, el hombre, la humanidad. Esa Modernidad ha entrado en crisis. ¡Ah! Si lo que está en crisis es una civilización, su lógica fundante, sus conceptos pivotes fundamentales, entonces no estamos hablando para nada de una "*crisis de crecimiento*", de un accidente, de una aceleración repentina, de una coyuntura inconveniente, de una anomia reparable; estamos hablando de una convulsión en la médula fundacional de la civilización que gobierna el globo terráqueo desde el siglo XVI en adelante, sobre manera, a partir del siglo XVIII. Es la Modernidad toda la que ha entrado en crisis. Es decir, es una civilización, es una lógica, es un modo de entender al mundo, es una manera de organizar la vida en ese mundo, etc.

Para los fines de nuestra investigación, alcanza con decir: la crisis sobre la que intentamos proyectar algo de luz es una situación límite que coloca el propio modo de entender el mundo contemporáneo en una especie de "no va más"; una sensación de final, de abismo, cuestionadora de la razón moderna, de los propios fundamentos que dieron pie a toda una civilización que madura su proyecto político-cultural-institucional, a partir del siglo XVIII, y que hoy comienza a mostrar su agotamiento. Por tanto, si es de esta crisis de la que debemos hacernos cargo, entonces la crisis del modelo civilizatorio y de su paradigma, de conceptos y estructuras mentales, no es un tema trivial. Es un estado de cosas que nos desafía a pensar por dónde empezar a construir los caminos de salida y hacia dónde.

Un alto en el camino para pensar meditativamente

La afirmación que contiene el título se presenta como un llamado de atención ante una época que le niega a la filosofía su función irremplazable en la conformación de un pensamiento crítico. Décadas de pragmatismo neoliberal, que contiene un profundo menosprecio por esta disciplina, han ido infiltrando, en la opinión de considerables sectores de la sociedad actual, esta idea: «La filosofía no sirve para nada». En el área occidental del "planeta globalizado", se viene avanzando en la reestructuración de planes de estudio del nivel medio, en los currículos de los niveles superiores, por lo cual se sustituye el estudio de esa disciplina y de las humanidades en general, porque no le agregan al alumno "ningún aprendizaje útil".

Me permito sospechar, sin exhibir demasiada agudeza, que detrás de ese intento se esconde el propósito de eliminar las posibilidades de dar cabida al *pensamiento crítico*. La doctrina neoliberal, expresada con tanta claridad en la famosa frase de Margaret Thatcher¹⁷ (1925-2013): «There is no alternative» ("No hay alternativa", muy conocida por sus iniciales en inglés TINA), mostraba con claridad la decisión de imponer lo que el profesor Ignacio Ramonet¹⁸ (1943) denominó el *pensamiento único*:

¿Qué es el pensamiento único? La traducción a términos ideológicos de pretensión universal de los intereses de un conjunto de fuerzas económicas, en especial las del capital internacional.

¹⁷ Primera Ministra desde 1979 a 1990. Apodada «La Dama de Hierro» por su firme implementación de políticas conservadoras que llegaron a ser conocidas como "thatcherismo".

¹⁸ Doctor en Semiología e Historia de la Cultura por la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* (EHESS), de París y catedrático de Teoría de la Comunicación en la Universidad *Denis Diderot* (París-VII). Especialista en geopolítica y estrategia internacional y consultor de la ONU, actualmente imparte clases en la Sorbona de París.

No dejaba lugar a dudas de que no se aceptaba ningún otro modo y, mucho menos, la crítica. El proyecto de dominación cultural en su máxima expresión mal podía permitir la enseñanza de la filosofía.

El humanismo renacentista¹⁹ y su posterior elaboración por la cultura moderna de Occidente²⁰, a través de sus mejores pensadores, mostraron la importancia de la filosofía para una reflexión profunda sobre el hombre. El concepto de educación reelaborado a partir del siglo XVIII creó los *organismos educativos* para dedicarle un esfuerzo institucional a este propósito. Habiendo dicho esto, debemos aceptar que somos todos *hijos formados por la educación moderna*. El profesor Lanz parte de este hecho:

La educación es una hija privilegiada de la razón Moderna. La educación es hija de la ciencia, la educación es hija del concepto de progreso. La educación es hija del sujeto histórico. Sin estos conceptos matrices la idea de educación no tiene sentido. Educación es el modo como la Modernidad entendió la forma de reproducir una cierta idea de la razón occidental, de la razón Moderna; de la razón del progreso, de la historia centrada, del progreso que viene, de la técnica convertida, digamos, en materialización de la ciencia. En fin, toda una constelación conceptual y categorial, sin la cual la idea de educación se desvanece.

Ser hijos de la ilustración moderna ha sido el resultado de la tarea del sistema educativo que, a su vez, forjó, en esa matriz cultural, a cada uno de nosotros. La crisis de ese sistema de ideas, prácticas, hábitos, funciones sociales, instituciones, etcétera, expone al desnudo las tensiones que incubaba —ahora a punto de estallar— y cuyo proceso, detectado y comprendido, nos permite avanzar críticamente hacia la superación del modelo imperante en plena descomposición. El problema no son, entonces, algunos desajustes funcionales de ciertos aspectos de ese proyecto:

Lo que está en crisis es la propia lógica fundacional del paradigma que nos permitía pensar. Lo que está en juego es, como dice Edgar Morin en varios de sus libros, todo un modo de pensar. Lo que nombra la figura de crisis de paradigmas es el agotamiento de una manera de pensar, crisis de una lógica de pensamiento; crisis de una racionalidad fundante de la propia manera de entender el mundo, de comprenderlo, de explicarlo. Por tanto, ese modelo de explicación que habita de forma privilegiada en el espacio escolar también muestra sus límites en este ámbito particular. La escuela es el ambiente simbólico por excelencia para ilustrar una cultura, el lugar privilegiado donde se pone en evidencia el modo como se piensa el mundo. Ese entendimiento del mundo, esa circulación de saberes, esos conocimientos que pueblan las redes semióticas, que circulan en los entramados intersubjetivos, que habitan el espacio de la escuela y de la universidad, son expresión crucial de la racionalidad misma de la civilización Moderna. Estamos diciendo que la herencia de estos tres siglos de ese espacio llamado universidad, del espacio escolar en su conjunto, ha entrado en crisis.

El abandono del pensar filosófico puede encerrarnos en un camino sin salida. La *modalidad crítica* de la reflexión, su práctica, en tanto se aferre a su radicalidad, al buceo por las zonas más profundas y oscuras que alojan el cimiento último de nuestra posibilidad de ser humanos — donde se encuentra en estado de latencia lo más humano de lo humano, lo mejor de sus potencialidades—, puede abrirnos un *horizonte* y exponer un *camino de salvación*.

¹⁹ El humanismo es un movimiento intelectual, filosófico y cultural europeo estrechamente ligado al Renacimiento, cuyo origen se sitúa en el siglo XIV, en la península itálica (especialmente en Florencia, Roma y Venecia) entre personalidades como Dante Alighieri, Francesco Petrarca y Giovanni Boccaccio.

²⁰ Puede consultarse mi trabajo *Problemas que hoy enfrenta el humanismo*, publicado en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2